

IR A INVESTIGAR Y SER INVESTIGADO.
EL TRABAJO DE CAMPO EN CHINA POST-CRISIS¹
TO GO TO MAKE RESEARCH AND TO BE RESEARCHED

Joaquín Beltrán Antolín
Universitat Autònoma de Barcelona

Resumen

Durante las décadas de 1980 y 1990 el trabajo de campo en China realizado por antropólogos extranjeros estuvo sometido a un estricto control, acentuado tras la crisis de Tian'anmen (1989). El artículo aborda en primer lugar la posición del intelectual en China como contexto para entender las peculiaridades del proceso de investigación. A continuación se describe los primeros contactos e impresiones del mundo chino y las idas y venidas durante tres años de residencia, el proceso personal de inmersión en una sociedad y cultura ajenas donde el investigador es investigado. Para finalizar con una reflexión sobre el quehacer antropológico, las rupturas, sospechas y secuelas y el etnocentrismo que siempre nos acecha junto a posibles estrategias, caminos o alternativas para descentrar el

Abstract

The already tight control experienced by foreign anthropologists doing research in China during the 80s and 90s increased after the Tian'anmen crisis in 1989. The starting point of this article is an analysis of the position of intellectuals in China as a context for understanding the peculiarities of the research process. This is followed by a description of the author's first contacts with and early impressions of the Chinese world, comings and goings during three years of residence in China, and the personal process of immersion in an alien society and culture where the researcher is an object of investigation. The article concludes with a reflection on anthropological work: mistrust, suspicion and their consequences, and the ethnocentrism that invariably stalks us, as well as possible strategies, pathways and

¹ Este trabajo forma parte del proyecto de investigación MINECO I + D "El impacto de Asia oriental en el contexto español" (FFI2011-29090) del Grupo de Investigación InterAsia de la Universidad Autònoma de Barcelona.

sujeto de conocimiento monolítico occidental.

Palabras clave: Trabajo de campo, China, antropología, migración china

alternatives for de-centering monolithic Western knowledge.

Keywords: fieldwork, China, anthropology, Chinese migration

Este artículo es un breve relato y reflexión sobre la experiencia personal de estancia y trabajo de campo durante tres años en la República Popular China (1990-1993), en un contexto calificado de “post-crisis”, debido a las consecuencias del movimiento social de Tian’anmen de 1989. Bajo otras circunstancias la experiencia hubiera sido diferente, no obstante, durante las décadas de 1980 y 1990 se han constatado ciertas continuidades que afectan a la problemática específica del trabajo de campo en China (Thurston y Pasternak 1983; Bruun et al. 1991; Heimer y Thøgersen 2006; Nielsen 2007). Las monografías de los antropólogos que fueron a China durante este periodo suelen incluir un extenso capítulo dedicado a las “especiales” características de su etnografía donde describen con gran detalle sus peripecias, sinsabores, limitaciones. Es como si se sintieran en la obligación de justificar su trabajo por no haber seguido los estrictos cánones malinowskianos, una confesión, un *mea culpa* profesional resaltando los imponderables a que estuvieron sometidos que coartaban su “libertad” de movimientos y acción (Wolf 1985; Gladney 1991; Yang 1994; Pieke 1997). Para otras regiones del mundo no se ha desarrollado una literatura tan extensa sobre este tema. En China, el antropólogo requiere algo más que

un billete de viaje y permiso para aterrizar; capacidad para soportar una cierta dosis de soledad, de invasión del ámbito privado y de incomodidad física; un estado de ánimo relajado para hacer frente a raras excrecencias e inexplicables fiebres; capacidad para soportar a pie firme los insultos artísticos, y una cierta paciencia para soportar una interminable búsqueda de agujas en infinitos pajares (Geertz 1989: 33).

Allí, en cambio, se enfrenta a una sociedad compleja, burocrática, refinada, orgullosa, celosa y a la defensiva, a numerosos controles y vigilancia hasta el punto que al final el investigador acaba siendo investigado. El trabajo de campo en sentido malinowskiano, es decir, observación participante y convivencia durante un extenso periodo de tiempo en una pequeña comunidad, resulta problemático en China. No obstante, el discurso nativo también se encuentra en sus textos escritos, en sus prácticas cotidianas, en sus poses y silencios. Determinados mecanismos sociales “universales” en China como el

guanxi (contacto social o relación social particularista) y la ayuda mutua son centrales para la investigación que llevé a cabo, porque también conforman el contenido y funcionamiento de las redes sociales y de parentesco movilizadas en el proceso de la migración internacional (Beltrán 1995). Estando allí se pasa a formar parte de la compleja trama de relaciones sociales, participando de modo activo en la sociedad que nos rodea. La migración internacional se ocupa de quienes salen de sus pueblos y viven como extraños en lejanas tierras. Pues bien, en este caso, el centro de interés se volvió hacia mí, pasando a ser yo mismo objeto de estudio. Durante un tiempo viví como un extranjero en China, una especie de emigrante temporal, atrapado por la burocracia, estigmatizado, perseguido y rechazado. La empatía se me impuso más allá de mi propia voluntad.

El Estado chino en 1979 puso en marcha una política de “apertura”, especialmente diseñada para la atracción de inversiones de capital extranjero, no obstante, el espacio geográfico del país se fue “abriendo” progresivamente y hasta finales de la década de 1990 no estuvo abierta toda China. Mi trabajo de campo se llevó a cabo en una zona que a comienzos de los años noventa todavía estaba “cerrada” a la inversión extranjera, y por extensión el gobierno local se oponía a la presencia de investigadores extranjeros en la zona. Además, el movimiento social de Tian’anmen provocó durante tres años (1989-1992) un freno a la “apertura”, lo cual, entre otras cosas, supuso un aumento del control sobre las actividades de los científicos sociales chinos acentuadas en el caso de los extranjeros: las influencias del exterior debían ser estrictamente vigiladas.

La antropología en China y los antropólogos extranjeros. Notas de contexto

La posición del científico social en la República Popular China está definida a partir de la valoración del papel del intelectual en la sociedad. En la China imperial el intelectual estaba al servicio del Estado. La educación consistía en adquirir el conocimiento de los clásicos confucianos. Su dominio resultaba imprescindible para aprobar los exámenes del servicio civil estatal, y así integrarse en la elite de los letrados-burócratas cuya función era administrar la compleja burocracia del imperio. La política y la academia estaban estrecha e indisolublemente vinculadas.

La primera generación de científicos sociales, en el sentido del término utilizado en Occidente, apareció en los años veinte y treinta del siglo XX, en un país convulsionado por la guerra y con fuertes desequilibrios sociales. Se consideraban a sí mismos servidores de la reforma social y nacional, cuyo cometido era buscar soluciones a los problemas sociales, políticos y económicos del país (Thurston 1983; Hsiao 1986; Wu et al. 1987).

Con la instauración de un nuevo orden político en 1949, y dado el carácter socialista inspirado en el modelo soviético, se prohibieron las Ciencias Sociales por considerarlas burguesas.

Al finalizar la Revolución Cultural (1966-1976) se rehabilitó a los “intelectuales” que fueron enviados a campos de trabajo para su reeducación. Los científicos sociales de nuevo se consideraban útiles para aconsejar al gobierno a elaborar medidas políticas (Fei 1981). La ideología política del Estado dirige, canaliza y constriñe el desarrollo de la ciencia social china. El objetivo de la investigación debe servir a las “Cuatro modernizaciones” sin salirse de los “Cuatro principios básicos” que dominan los límites del debate académico. Los intelectuales deben mostrar su adhesión al pensamiento marxista-leninista-Mao Zedong, la aceptación del socialismo, la dictadura del proletariado y el liderazgo del Partido Comunista Chino.

El trabajo de campo en China realizado por occidentales acabó durante la Segunda Guerra Mundial coincidiendo con el fin de la extraterritorialidad, o derecho a la inmunidad frente a las leyes chinas, que poseían los extranjeros. Desde entonces es imprescindible el permiso del gobierno para investigar. Hasta 1978 fue prácticamente imposible obtenerlo. Sólo a unos pocos elegidos, afines al régimen, se les permitió hacer unas visitas estrictamente controladas para que transmitieran y difundieran por el mundo la imagen oficial de la sociedad que correspondía más a los deseos del Estado que a la práctica de la vida cotidiana (Brodsgaard 1986). El acceso estaba limitado a comunidades modelo e informantes seleccionados.

La alternativa para recoger datos mediante el trabajo de campo se trasladó a los enclaves chinos fuera de la República Popular: Taiwan, Hong Kong, Singapur y las comunidades chinas en los países del sureste asiático (Freedman 1962, 1963). Estas regiones, aliadas de Occidente, permitían la autonomía a la que estaba acostumbrada la antropología occidental. La investigación con refugiados y emigrantes económicos que llegaban a Hong Kong es reseñable porque a partir de ellos se reconstruyó la vida del interior del país (Parish y Whyte 1978; Whyte 1983; Chan et al. 1984).

Con la rehabilitación de la antropología en los años ochenta llegó la posibilidad de hacer de nuevo trabajo de campo en China. La apertura, sin embargo, comenzó con mal pie cuando un antropólogo estadounidense difundió una serie de hechos que molestaron al gobierno chino, cerrando momentáneamente la puerta a nuevos investigadores. El efecto más inmediato, que todavía perduraba a comienzos de los años noventa, fue la multiplicación de los controles gubernamentales sobre los futuros investigadores (Thurston 1983; Pieke 1986-87). En definitiva, significó reforzar las medidas de disuasión.

Los antropólogos extranjeros han recurrido a prácticas alternativas para hacer traba-

jo de campo de un modo más indirecto, eludiendo los inconvenientes del control del Estado. Por una parte, los “expertos”, es decir, profesionales o especialistas que trabajan y residen en China, dedican sus vacaciones o tiempo libre a investigar (Howard 1988). Otra posibilidad es el viaje turístico y deambular usando una táctica de “guerrilla de entrevistas”, es decir, que se realizan en cualquier situación y se caracterizan por la espontaneidad, la movilidad, el planteamiento de cuestiones y rápida desaparición del escenario (Gold 1989: 179-183). También hay antropólogos que son étnicamente chinos y con la excusa de visitar parientes llevan a cabo trabajo de campo (Siu 1983; Yang 1994). Estas estrategias informales, de algún modo agresivas, que no desvelan la intención del investigador, pueden facilitar un “material” libre de “interferencias”, pero abundan en la desconfianza, rechazo y control de las autoridades chinas hacia los antropólogos que de ese modo actúan como espías, tratando de pasar desapercibidos.

El trabajo de campo. Residir e investigar

Primer año. Aprender a comprender

Mi interés por China procede de la infancia cuando aprendí a jugar a *majiang* de forma autodidacta con un manual, siguió en la adolescencia con un acercamiento a la espiritualidad del budismo tibetano y continuó en los años de formación universitarios mediante el contacto con compañeros que eran maoístas. En ninguna de las tres fases: juego, religión y política, mi interés fue más allá del afán intelectual de conocimiento. Una vez licenciado comencé a estudiar chino en la Escuela Oficial de Idiomas de Madrid y a interesarme por los chinos en España (Beltrán 1991).

Cuando decidí por fin ir a su lugar de origen, me puse en contacto con un miembro de la elite del colectivo, presidente de una asociación. Según lo que nos habían enseñado en las clases de antropología, una vía de acercamiento a una comunidad consistía en establecer contacto con sus líderes para abrir las primeras puertas y, con su respaldo, penetrar en ella. Aprovechando su participación en un evento público le expuse mis intereses y le pedí que, por favor, revisara el proyecto de investigación escrito en chino así como la información sobre la comunidad. Aquí se produjo la primera ruptura en mi acercamiento a la migración china: el líder me mostró su preocupación porque “alguien” pudiera vernos hablar. Varios días después, al volver a visitarlo, afirmó que ya se habían enterado de “nuestra” conversación. ¿Quién? me preguntaba yo. Insistió en que no deseaba hablar conmigo y así acabó nuestra relación.

Al solicitar la beca del Programa de Intercambio Cultural Internacional entre el Ministerio de Asuntos Exteriores de España y la Comisión Nacional de Educación de la República Popular China, presenté un proyecto de investigación dentro de la filosofía de este programa –“promover el conocimiento mutuo y difundir la cultura”–, para profundizar en la historia y la vida de los residentes chinos en España, comenzando por su origen. La solicitud fue aprobada por el gobierno chino como una investigación de la “Historia local del sur de la provincia de Zhejiang”, y allí fui en septiembre de 1990. La transformación de antropólogo y sociólogo en historiador es significativa y refleja, en primer lugar, los recelos del pueblo chino a ser investigado por los antropólogos que deberían estudiar solamente a los pueblos “primitivos” (Gladney 1991) y, en segundo lugar, el renovado control político sobre las actividades de los científicos sociales chinos tras Tian’anmen. La historia aparentemente resultaba más aséptica y menos comprometida.

La migración era el objetivo de mi investigación, pero en el fondo se trataba de una excusa para acercarme a un Otro, a su historia, valores, etc., y fundamentalmente intentar comprender cómo piensan y actúan, cómo se ven y me ven, y cómo yo los veía. Me gustaría resaltar la importancia de la experiencia personal de vivir como extranjero, de ser constantemente recordada esa condición, de las trabas impuestas durante el proceso de investigación, del aprendizaje de lo tácito y de la práctica del juego, tras numerosos errores de uso. Existe el estereotipo de la reserva del pueblo chino. En realidad es una postura autodefensiva. Romper las barreras es una tarea ardua e implica aceptar sin condiciones las reglas, y tiempo. Un dicho chino afirma que “una persona nunca dice lo que piensa, y nunca hace lo que dice”. Mi experiencia consistió en hacerlo mío, incorporarlo.

La Comisión Nacional de Educación me asignó a una Universidad. Durante el primer año mi objetivo era prepararme para el trabajo de campo, esto suponía actualizar mis conocimientos lingüísticos, especialmente lectura y conversación. Paralelamente visité bibliotecas y recopilé material y datos relacionados con el tema de investigación. Cada universidad constituye una “unidad de trabajo” (*danwei*). La *danwei* de la Universidad tiene una sección especial denominada “Oficina para los Asuntos de los Extranjeros” (*Waiban*) que tiene el cometido de velar por ellos, atender a sus necesidades y facilitarles la estancia. A nivel académico era el único extranjero en la Facultad de Filosofía y Política de la Universidad de Zhejiang en Hangzhou.

Al comienzo del segundo semestre fui de visita a la Universidad de Xiamen (Fujian) para conocer la experiencia de un grupo de investigación que había trabajado en comarcas con una alta tasa de migración internacional. Estos investigadores me comentaron que su experiencia de trabajo de campo les sirvió para constatar que los campesinos mentían, que desconfiaban de los extraños. Tras contrastar cuidadosamente la información

recogida, gran parte de ella fue inutilizable. Los campesinos ven al investigador chino como un representante del Estado. Su desconfianza aumentaba cuando preguntaban sobre un tema “delicado” como la migración internacional. Me advirtieron que iba a tener una doble dificultad, una por ser extraño y otra por ser extranjero. Tenía que estar alerta porque me iban a mentir sistemáticamente. Otra de mis preguntas fue acerca de por qué habían centrado su estudio históricamente antes de la instauración de la República Popular. Su respuesta fue que en esos momentos investigar lo sucedido después de 1949 podía ser calificado como políticamente “sensible” (*min’gan*). Les sorprendió mi pregunta -por ingenua, supongo- y a mí su respuesta, por inesperada.

Dado mi interés por Qingtian, un distrito situado a 320 Km. al sur de la capital de la provincia donde estaba la universidad, algunos amigos me aconsejaron que me pusiera en contacto con la *tongxianghui* (“Asociación de paisanos”) de Qingtian en la Universidad. Pronto descubrí que no existía como tal, aunque habitualmente algunos jóvenes del lugar que vivían en Hangzhou se reunían y salían juntos. Tras movilizar a amigos de amigos, durante el segundo semestre, conocí a estudiantes nativos de mi zona de estudio. Con ellos comencé a aprender su dialecto. Mi determinación les parecía tan poco corriente a mis habituales interlocutores chinos que la consideraban algo de locos e incluso peligrosa. Nadie en su sano juicio invertiría tiempo y dinero para aprender una lengua hablada sólo por medio millón de personas.

El plan para el segundo año consistía en llevar a cabo el trabajo de campo. El primer requisito para lograr los permisos necesarios, era la presentación de un proyecto de investigación (mayo, 1991) que tuve que reelaborar a lo largo de los meses siguientes en tres ocasiones. La objeción principal consistía en que el período de un año que se solicitaba resultaba demasiado largo. Se inició una larga negociación a través de la *waiban* de la Universidad de Zhejiang. El segundo proyecto (septiembre, 1991) fue una simplificación del primero adecuándome un poco más al estilo sintético chino. El tercero (octubre, 1991) se limitó a la propuesta de dos meses, repartidos entre los dos semestres. Finalmente, el cuarto, consistió en una minuciosa lista de las preguntas a realizar en las entrevistas (marzo, 1992).

Una vez puesta en marcha la maquinaria burocrática para conseguir el traslado al campo, se puso de manifiesto que no sería nada fácil. Las instancias que paralizaron la aprobación del permiso eran el Gobierno y el Buró de Seguridad Pública del distrito (*xian*) y de la provincia (*sheng*). Necesitaba su visto bueno para ir de un modo oficial. Todo apuntaba hacia el gobierno del distrito. Dentro de mi concepto de jerarquía burocrática no cabía la posibilidad de que si una institución del gobierno central (Comisión Nacional de Educación) y sus representantes provinciales (Universidad) avalaban

un proyecto de investigación, el gobierno local se opusiera a una decisión del Estado. Evidentemente, la jerarquía no funcionaba como yo (pre)suponía que debía hacerlo. Los distintos niveles de la burocracia china, desde el nacional al local disfrutaban de una gran autonomía.

En octubre de 1991 decidí ir a Qingtian con la intención de entrevistarme con algún representante del gobierno local para conocer directamente las razones de su negativa. Fue mi primer contacto directo con la zona de estudio. Llegué a Hechengzhen, la capital del distrito y sede del gobierno acompañado por un amigo de la zona y nos dirigimos a la casa de un conocido. Su familia nos recibió muy hospitalariamente y el padre se ofreció a ayudarme y concertar una cita con el gobierno. Me entrevisté con el Director de la “Oficina del Gobierno del Distrito” quien se mostró visiblemente nervioso. Expuse los motivos de mi visita sin olvidar decir que alguien “mentía”. El Director me respondió que “la amistad del pueblo chino y español era muy grande”, para a continuación dejar bien claro que el gobierno de Qingtian estaba encantado con recibirme y que llevara a cabo la investigación con éxito, pero el problema era que el gobierno provincial no lo aprobaba y sin su visto bueno ellos no podían hacer nada porque Qingtian era una zona “cerrada”. Al regresar a Hangzhou llamé por teléfono a la Embajada de España en Beijing, a la Sección cultural, responsable de los estudiantes españoles becarios. Explicué mi caso y les sugerí que llamaran directamente al Buró de Seguridad Pública provincial. Finalmente le respondieron que tenía tres alternativas: cambiar de tema de investigación, cambiar de Universidad –de provincia– o volver a España.

Lo único que había logrado era la prohibición expresa de realizar mi trabajo. ¿Por qué? Las razones que alegaba el gobierno eran de “seguridad”: no se podían hacer responsables de mi seguridad personal –accidentes, robos– y por lo tanto no podían permitir mi visita. Se trataba de una medida de presión y disuasión para que desistiera. Otra razón que esgrimían era el tema económico. Mi visita ocasionaría una serie de gastos –alojamiento, comida, desplazamientos– que estaban más allá del presupuesto asignado a un estudiante becado, lo cual era cierto.

La relación entre oficial/no oficial y formal/informal en China es fundamental en mi investigación, y de alguna manera refleja la tensión entre Estado y sociedad. Lo no oficial corresponde a la vida cotidiana, ideas, creencias y prácticas que escapan al control del Estado. En cuanto a lo informal, hace referencia a los conocimientos prácticos compartidos por cada grupo que operan en silencio y en los márgenes de lo formal y normativo. Tanto lo oficial como lo oficioso forman parte de la realidad y están complejamente interrelacionados. A los extranjeros, desde su llegada a China, se les bombardea con el modelo oficial de la vida social. Se dan explicaciones, se ofrecen imágenes, se responde

a las preguntas con tópicos y estereotipos que expresan un mundo ideal con sus propias leyes. Todos lo conocen en su formulación, aunque su práctica cotidiana sea escasa.

Los profesores chinos, durante mi primer año de estancia en la Universidad, y ante mis problemas con el mundo oficial me decían que todavía no “comprendía” (*liaojie*) la “cultura china” (*Zhongguo wenhua*). En la medida en que me alejaba de lo oficial, siguiendo sus sugerencias, me daban ánimos diciendo que “comprendía” un poco más. En definitiva, mis tres años en China fueron un proceso de aprendizaje de la “cultura china” y su modo de funcionamiento, o lo que es lo mismo, de saber hasta dónde llega lo oficial y formal y cómo actuar informalmente. La estrategia a seguir era semejante a un movimiento de *taijiquan*: avanzar con el puño, retroceder y volver a avanzar por otro camino. China está llena de caminos indirectos. Tampoco se suelen decir las cosas claras, hay que expresarse con metáforas. Muchas conversaciones se desarrollan a partir de conocimientos tácitos, no se nombra en ningún momento el objeto de la discusión, se alude al tema indirectamente. Cuando alcancé cierto dominio de estas claves, uno de mis habituales interlocutores se sorprendió por el contraste con mi anterior forma de expresarme, que normalmente era directa y le hacía sentirse incómodo; se relajó y me sonrió con complicidad para decirme que ahora sí que “comprendía” la “cultura china”.

A veces lo informal son secretos a voces, a veces sutilidades ínfimas. Cuanto mayor es la posición social de una persona, más elaborado resulta su discurso y más se acerca en su forma y contenido al ideal oficial. Conforme se baja en la jerarquía social el discurso oficial queda expresado por la costumbre menos elaborada y llena de excepciones. Lo informal es más explícito. En mi presencia alguien -un cargo oficial- dijo que “el campesino es ignorante, cuenta cosas que yo no debería oír porque no las entendería”. Es decir, el campesino en su “ignorancia” -del mundo oficial- muestra hechos y prácticas a las que no tendría acceso de otro modo o me resultaría más costoso descubrir. El mundo informal está más allá del discurso oficial del poder establecido y por lo tanto puede dar lugar a mal entendidos”.

Segundo año. Aprender a ocupar mi lugar

A partir de la intervención de la Embajada fui etiquetado por el Buró de Seguridad Pública Provincial como “espía de la embajada” y el estigma me acompañó hasta el último momento de mi estancia en China. Con esa etiqueta me transformé en un individuo peligroso, alguien en quien no se podía confiar y debía estar vigilado y controlado de un modo especial en todos sus movimientos. Mi insistencia en ir a hacer trabajo de campo era una prueba, y el apoyo de la embajada, otra. Lo que se escondía detrás intuyo que

son prácticas irregulares en que policía y gobierno local y provincial estaban inmersos en torno al tema de la migración internacional, en concreto por su poder para expedir permisos, certificados y pasaportes. Y así, la única reacción ante el detallado listado de las preguntas a hacer en las entrevistas fue que no preguntara por el número de pasaportes expedidos por el gobierno y el Buró de Seguridad Pública.

De todos modos, reducir a la corrupción la imposibilidad de conseguir el permiso es una interpretación en extremo simplificadora de la compleja realidad social donde estaba inmerso. Existen otros muchos factores que influyeron, algunos de los cuales puedo intuir y otros nunca conoceré. La denegación del permiso podía ser una forma de presionar al gobierno central para que “abriera” el distrito a la inversión de capital extranjero. Qingtian estaba “cerrado”, sus dirigentes habían solicitado reiteradamente la apertura sin conseguirla. Mi caso podía ser utilizado como arma negociadora frente al gobierno central.

Fui a Beijing (enero, 1992) a recoger datos en diversas instituciones. Durante el viaje me acompañaron dos miembros del Buró de Seguridad Pública, uno de nivel provincial y otro local. Esta escolta policial acabó convirtiéndose en habitual cada vez que viajaba. No se identificaban como tales, pero su insistencia en hacerse notar lo hacía evidente. En Beijing visité a diversos académicos que me facilitaron datos para la investigación. A uno de ellos le conté las dificultades para realizar el trabajo de campo, me contestó que los investigadores chinos también tenían problemas cuando iban a Indonesia y sus estudios a menudo se veían frustrados. Parece que mi pequeño “problema” entraba en el ámbito de las relaciones internacionales, historia del colonialismo, relaciones de poder y seguridad nacional.

Mientras tanto me invitó un amigo a pasar las vacaciones de Año Nuevo y volví a Qingtian de nuevo. Fui testigo, observé y participé en la celebración de la fiesta más importante del calendario chino, conviviendo con los campesinos. Pasé por diversas circunstancias que ampliaron mi visión de la estructura y organización social de la zona. Visité casas tradicionales y nuevas, casas de ricos y de pobres, casas de recién casados, mercados, templos budistas y templos dedicados al dios de la Tierra. Hablé con campesinos, obreros, empleados de banca y del gobierno, maestros rurales y urbanos, médicos, directores de fábrica, mendigos, carpinteros, transportistas, emigrantes y parientes de emigrantes, agentes de ventas, propietarios de restaurantes, de tiendas, contrabandistas, vendedores ambulantes, estudiantes, adivinos, beatas, músicos. Personas con antecedentes de clase malos y buenos, jóvenes, viejos, niños, hombres y mujeres. Fui un invitado especial durante la fiesta más especial de China compartiendo de cerca sus vidas. Durante esos días observé muchas cosas de las que se hacen y no se dicen y

me contaron muchas cosas de las que no se deben contar a un extranjero, además de muchas “mentiras”.

Tras la riqueza de este contacto informal con el campo llegó el momento de la visita “oficial”. A pesar de las trabas impuestas, por su mismo carácter, fue también muy valiosa porque mostraba otra imagen de la misma realidad en la que estaba interesado. En definitiva, los quince días finalmente aprobados por la Comisión Nacional de Educación se redujeron a siete. El gobierno del distrito se había comprometido durante una semana conmigo y alegaba que otros asuntos oficiales impedían la prolongación de mi estancia. O aceptaba una semana o renunciaba a la posibilidad de ir. Me acompañó a Qingtian un cargo de la Oficina de extranjeros de la Universidad.

El invitado y el trabajo de campo oficial

Durante el trabajo de campo oficial fui un invitado del gobierno y recibí un trato especial lleno de una cortesía muy elaborada que de algún modo imposibilitaba el contacto directo. Ser especial significa disfrutar de una serie de privilegios, por ejemplo en vivienda, comida y transporte, muy por encima de la media del resto de la población. Ser un invitado obliga a atenerse a la etiqueta elaborada que se asocia a esa situación. Debes mostrarte humilde y no realizar peticiones inconvenientes. Ambas partes están obligadas a reconocer las cualidades rituales de las posiciones de invitado y anfitrión. Para vivir en China hay que aprender a dominar las circunstancias de la posición social que se ocupa y adecuar la conducta de modo que no se sobrepasen los límites de lo que se espera de alguien en esa posición social. El investigador en ciencias sociales se asocia al estatus de “invitado extranjero” (Butler 1983: 118).

Mi proyecto de trabajo de campo manifestaba la necesidad de visitar diferentes pueblos de esa zona concreta como Fushan, Shankou, Fangshan y Hechengzhen. Otra demanda era entrevistar a migrantes retornados desde España y a familiares de migrantes en España. Todos los informantes, seleccionados por las autoridades, reunían estos requisitos. De algún modo la muestra estaba sesgada a favor de la clase social más alta, de los mejor establecidos, pero también entrevisté a otros de posición inferior. En general, para la Asociación de emigrantes local mi visita y mi interés fue muy bien recibido.

En total realicé 19 entrevistas. Las entrevistas eran públicas y con frecuencia de corta duración. A pesar de llevar un cuestionario estructurado muy extenso, muchos datos y preguntas quedaron en el tintero. A veces se produjeron interferencias por mi acompañante de ciudad. Por ejemplo, sobre el tema de los “matrimonios concertados” que en el discurso oficial han desaparecido, aunque en la práctica cotidiana del mundo rural

todavía eran habituales. No utilicé grabadora, tomaba notas y por la noche repasaba y confirmaba con mi acompañante los datos confusos, pues él también tomaba notas para su informe.

El trabajo de campo no se limitó a mis visitas a Qingtian. En Hangzhou primero y después en Beijing, estuve en contacto con personas de la zona. A través de nuestros encuentros, salidas, paseos, comidas, visitas, conversaciones, etc., accedí a datos complementarios. Además, la interacción con otras personas de todos los ámbitos de la sociedad, y los viajes donde se conoce a gente de muchos lugares y condiciones, tuvieron -a la postre- un efecto muy positivo. La convivencia cotidiana durante tres años en China y los consejos de amigos que querían ayudarme a “comprender” la compleja trama de las redes sociales en China y los “camino” posibles a seguir, a veces con hechos más que con palabras, me mostraron el modo en que se construye su sociedad.

Tercer año. El exilio de un “espía”

...En cierta medida era percibido por el pueblo como un representante del Estado chino -dado que tenía su aprobación para estar allí-, así como de los intereses estadounidenses. La mayoría de los cuadros simplemente pensaban que yo era un espía y me trataban como tal. Un funcionario Han [chino] un día me preguntó en Yinchuan *¿Por qué razón estás en medio de ninguna parte estudiando a esa gente tan insignificante y carente de interés?* Estoy seguro que nunca creyó mi larga explicación de porqué me fascinaban tanto los Hui (Gladney 1991: 110).

Los problemas con la administración no acabaron con la realización del trabajo de campo “oficial”. En aquellos momentos todavía albergaba la esperanza de que se hubieran dado cuenta de lo inocuo de mi investigación y me permitieran volver de nuevo. Creía haber desempeñado bien mi posición de invitado. El representante del gobierno me dijo en su despedida que “había causado una buena impresión”. Pero había órdenes superiores que deseaban cerrar mi “caso”.

En la Facultad se lamentaban de las circunstancias del trabajo de campo, de la brevedad de mi estancia y de su carácter excesivamente “formal”. Me propusieron alternativas como ir por mi cuenta en época no lectiva de un modo informal; pedir a amigos nativos que hicieran el trabajo de campo por mí; hacer entrevistas por teléfono, etc. En julio, la *waiiban* me pidió que abandonara la Universidad de Zhejiang porque ya había finalizado mi estancia de acuerdo al proyecto de trabajo de dos años. Argumenté que tenía un año más concedido por la Comisión Nacional de Educación. A mediados de agosto me comunicaron que había sido trasladado a la Universidad de Beijing.

En mi “exilio” en la Universidad de Beijing quedé asignado a la Facultad de Sociología que estaba “cerrada” a los estudiantes extranjeros. Conmigo se hizo una excepción, aunque en realidad y a nivel extra-oficial, pasé a depender del Instituto de Investigaciones Sociológicas. En la nueva universidad no fui especialmente bien recibido porque mi presencia era una imposición no deseada que simplemente obedecía a una orden superior por la cual debían aceptarme como investigador visitante.

El quehacer antropológico. Rupturas, sospechas y secuelas

El antropólogo, al enfrentarse a cualquier Otro y tratarlo de comprender, se somete a un proceso de rupturas internas, obligado a sospechar continuamente mientras que es objeto de sospecha. El trabajo de campo es un proceso personal, a veces doloroso, otras frustrante, que conlleva una transformación interior y puede dejar secuelas. Inevitablemente uno se enfrenta a sí mismo, a sus propios prejuicios y asunciones. La autocrítica es una constante del quehacer antropológico. A menudo se dice que nuestro trabajo consiste simplemente en conocernos mejor a nosotros mismos (Caratini 2013), que el “Otro” es una excusa para realizar un examen de conciencia, para desnudar nuestras convicciones más firmes y naturales/naturalizadas, para desentrañar la lógica de nuestros propios conocimientos tácitos.

Es importante la diferencia que existe entre el conocimiento, la aprehensión intelectual, y la práctica cotidiana y afectiva. Por ejemplo, desde mucho antes de ir a China, sabía y conocía la existencia de las prácticas relativas a las relaciones sociales, de la cara, del *guanxi*, etc. Pero algo muy distinto fue participar en ellas. Fríamente podía analizar y justificar determinadas prácticas, conocer su lógica interna, sin embargo a veces suponía un gran esfuerzo actuar de acuerdo a ellas. La participación y la empatía tiene unos límites que muchas veces nos desbordan y otras se nos imponen más allá de nuestro control.

Ya he comentado la ruptura de mi primer contacto con la elite del colectivo de inmigrantes. Desde el comienzo se pusieron en funcionamiento los mecanismos de autodefensa del poder frente al extranjero/extraño, la constante sospecha de sus intenciones, expresión meridiana de los celos sobre su intimidad. Yo deseaba conocer, pero resultó imposible recibir información de una persona privilegiada de la comunidad porque su obligación era responder ante ella, circunstancia que implicaba, entre otras cosas, mantener alejados a los curiosos. Ya era sospechoso antes de salir de España, justo desde el instante en que planteé mi investigación con el objetivo de superar nuestra ignorancia e ingenuidad frente a lo desconocido.

Ya en tierras chinas, otra ruptura estuvo relacionada con su distinto concepto de ley. Lo importante allí es la moralidad de los sentimientos humanos, el ritual, el comportarse de acuerdo a la posición social que se ocupa en cada contexto, la confianza y lealtad de los familiares, amigos y conocidos, no las leyes escritas, ni los contratos. El acento recae sobre las obligaciones y deberes y no existen derechos tal y como nosotros los entendemos. Quien vulnera las convenciones y el ritual es castigado con el desprecio, la crítica, el aislamiento social y pierde su dignidad y el respeto. El concepto de jerarquía chino también desafió mis convicciones. Pensaba que en la compleja estructura burocrática las órdenes emitidas por la cúspide se transmiten y cumplen por los niveles jerárquicos inferiores hasta llegar a los ciudadanos. No obstante, la imagen que tenía de un Estado-partido autoritario era cuestionada constantemente por mi experiencia. Sencillamente las cosas no tenían por qué ser como yo esperaba que fuesen.

Junto a las rupturas se desarrollaron las sospechas. Yo era sospechoso por querer conocer. Algo que les sorprendió mucho fue mi interés por aprender el dialecto local. Los campesinos son menospreciados por los residentes urbanos y especialmente por los intelectuales y universitarios. Son pobres, carecen de educación y pueden resultar “peligrosos”. El dominio de un dialecto local significa estar fuera del control de aquellos que no lo conocen. Hablar con el pueblo, con los “ignorantes”, no estaba bien visto porque no saben lo que pueden o no decir a un extranjero. La mayor sospecha, sin embargo, llegó con el respaldo de la Embajada y la consiguiente clasificación como espía. Fui rechazado por peligroso, sometido a estrecha vigilancia. Quien decía que era espía sabía que no lo era, recurrir a esa etiqueta resultaba funcional: la veda a las trabas quedaba abierta.

Yang Mei-hui (1994) relata que durante su trabajo de campo sufrió varias crisis de paranoia. Instalada en una “cultura del miedo”, como ella define a China, llegó a contagiarse y

(...) pasé las siguientes semanas con un sudor frío, esperando que las autoridades vinieran a interrogarme, a interrogar y castigar a aquellos que habían hablado conmigo y expulsarme por espía. Ese sería el final de mi carrera en la Antropología. Tenía que tomar medidas” (Yang 1994: 23).

Mi experiencia personal en China también se impregnó del ambiente que me rodeaba. Ciertas personas se ponían en guardia y eran reticentes cuando establecía contacto con ellas. Otras no querían venir a visitarme porque tenían que registrarse a la entrada de la residencia donde vivíamos los extranjeros. Una vez un amigo me trajo un periódico

local con un artículo que me podía interesar y me advirtió, muy seriamente, que no contara a nadie quién me lo había proporcionado. Estar sometido a una vigilancia constante, junto a la extrema cautela de ciertas personas, contribuía a crear una atmósfera en ciertos momentos agobiante. Como secuela, sufrí también una crisis de paranoia a mi vuelta a España, llegué a pensar que aquí me seguían vigilando.

La elaboración final de mi trabajo se concretó en una tesis doctoral (Beltrán 1996, 2003). Yo pretendía realizar una comparación con el estudio pionero de James Watson (1975) que realizó trabajo de campo veinte años antes en un pueblo-linaje de migrantes de los Nuevos Territorios de Hong Kong durante 17 meses con un seguimiento posterior de cuatro meses en Londres. Mi planteamiento era similar al suyo, el papel de las relaciones de parentesco y la organización social en el proceso migratorio, simplemente cambiaba la zona de estudio.

Los inconvenientes del trabajo de campo en China no deberían hacernos pensar que es un patrimonio exclusivo de este país, pues a menudo, entre nosotros, nos encontramos con limitaciones semejantes. En Occidente el poder no se deja etnografiar y también existen archivos cerrados, la necesidad de permisos y la negativa de ciertas elites e instituciones que tratan de impedir el desarrollo de determinadas investigaciones. Y del mismo modo que allí, sus medidas de disuasión no resultan siempre efectivas:

La actitud de Job [el propietario de la empresa], compartida por su personal de relaciones públicas, presentaba una extraordinaria similitud a las que había visto antes cuando trataba de negociar el acceso a archivos en la República Popular China. Era algo más que un simple caso de extrema reserva. También estaba presente la presunción de que negar el acceso a los materiales era equivalente a controlar que la historia nunca fuera escrita. Igual que el aparato del Partido en China, el personal de relaciones públicas de Next [el nombre de la empresa], pensaba que si se negaba a ayudarme, mi única alternativa sería abandonar, y el libro nunca se realizaría (Stross 1996: 269).

Ir a investigar y ser investigado

El proceso del trabajo de campo anteriormente descrito, en definitiva ha sido el de un antropólogo occidental que va a China a investigar cargado de prejuicios fruto de su socialización, y allí ha sido investigado por “el poder”. Yo me presentaba como representante de una disciplina científica, con la voluntad de ampliar los conocimientos sobre un tema concreto de la realidad social para contribuir a superar prejuicios fruto de

la ignorancia académica occidental y por extensión de la sociedad a la cual pertenezco. En China fui investigado por burócratas y policías que desempeñaban celosamente su función de salvaguardia del prestigio e imagen oficial de su país y cultura amenazada por aquellos que no comparten sus valores y modo de entender el mundo. Se sienten obligados a defenderse de las intrusiones de extraños, a controlarlos e investigarlos.

Por otra parte, en el proceso de investigación-conocimiento del Otro, me he visto obligado a investigarme-conocerme a mí mismo. A veces, la distinción entre sujeto-objeto del conocimiento se confundía: yo deseaba estudiar a unos “extraños” que viven en mi mundo -migrantes chinos- para lo cual me introduje en el suyo -China- donde me convertí en un extranjero, es decir, lo que ellos son aquí, yo lo fui allí. También pretendía analizar el funcionamiento de las relaciones sociales, y lo hice participando activamente en ellas. La lejanía y “objetividad” del investigador que observa desde una atalaya se transformaba en compromiso y “subjetividad”, (con)fundándose los Otros con la propia experiencia personal. De este modo, ir a investigar y ser investigado es equivalente, en cierto modo, a comprender y ser comprendido. Durante el trabajo de campo investigué a Otros del mismo modo que me investigué a mí mismo.

Por otra parte, mi objetivo era dar la voz a los actores, para que expresen sus propios puntos de vista de acuerdo a sus valores culturales sobre sus prácticas cotidianas. Para llevarlo a cabo es necesario superar diversas limitaciones. Primero, me enfrento a mis propios “prejuicios”, a mi propia socialización que a veces me impide actuar como ellos, aunque racionalmente sea capaz de comprender la lógica de las acciones y en qué se sustentan. Segundo, la vida cotidiana es un constante saltarse y negociar las “normas” ofrecidas por la imagen oficial, es algo que se vive y se hace, y no lo que aparece en los textos y se predica. Difundirla resulta peligroso, subversivo por los desafíos al “orden” imaginario/normativo y porque los extraños aparentemente nunca serán capaces de apreciar las sutilezas del refinamiento de las prácticas, en este caso de una sociedad compleja que tiene como seña de identidad su superioridad moral. Los extraños, extranjeros y occidentales, al volver a sus países pueden contar cosas que hieren la dignidad y afectan al prestigio chino porque se empeñan en describir lo que sólo se puede vivir. Por último, en nuestra sociedad nos encontramos ante las limitaciones de la traducción cultural, de observar al Otro con nuestros propios ojos, valorándolo a partir de categorías propias. Sin pretenderlo, de un modo inconsciente, estamos continuamente juzgando, comparando, traduciendo a nuestra lengua y estilo, haciendo familiar, todo aquello que es extraño.

La alternativa a la aparente imposibilidad de comunicación e intercambio entre perso-

nas de culturas diferentes que se miran a sí mismas cuando dicen estar mirando al otro, es una tarea personal de conocimiento, de autocrítica, de relativización o, por lo menos, de ser conscientes de estas limitaciones y de respetar a los demás. Algunos ejemplos de tomas de posición personales iluminan diferentes caminos y estrategias de acercamiento.

Cecilia Milwertz (1997) durante el desarrollo de su investigación sobre la política del hijo único en China se dio cuenta de que aquello que aparentemente es una política represiva y de control que va en contra de los derechos humanos, al utilizar la perspectiva de ver a los otros como ellos se ven a sí mismos y no simplemente de comprenderlos con nuestros conceptos, le llevó a concluir la radical incompatibilidad de visiones entre los académicos occidentales y los funcionarios chinos. En el trabajo de campo descubrió que su asunción acerca de la violación inherente de los derechos humanos en la política del hijo único no era compartida por las mujeres chinas a las que entrevistaba. Por eso, para captar el significado de lo manifestado por estas mujeres pertenecientes a otra cultura, se vio obligada a adoptar una posición sin presuposiciones. Así afirma: “La Declaración Universal de los Derechos Humanos, que se califica de universal, los define sobre la base y son producto de, un desarrollo cultural e histórico específico euroamericano” (Milwertz 1997: 186). Y finalmente propone que “Inspirado por el modo chino de sacrificio consciente de los deseos y necesidades individuales, deberíamos elegir una estrategia donde el individuo del Norte tenga que sacrificar los derechos individuales para asegurar la supervivencia global” (1997: 198). Su postura es relativizar y propone un ejercicio de imposición sobre nosotros mismos de valores ajenos, lo cual, tal vez, incluso nos pueda a ayudar a resolver muchos de nuestros problemas sociales.

La antropóloga Yang Mei-hui (1994) apuesta por descentrar al sujeto de conocimiento de la ciencia antropológica que invariablemente se encuentra arraigado en el pensamiento occidental. Su propuesta consiste en hacerse eco de la autocrítica nativa y de sus propias interpretaciones sobre sus contextos históricos, integrar las perspectivas e intereses nativos de su propio discurso y dar paso a la subjetividad no Occidental. Se trata de colaborar en los procesos de autoconocimiento, autocrítica y reforma de los nativos. Esta postura desafía tanto al eurocentrismo como al “centro” de la cultura china contemporánea. Invoca una antropología crítica, polifónica y descentralizada.

Críticos literarios, sociólogos, historiadores y antropólogos occidentales que estudian a China están proponiendo nuevas formas de acercamiento y puentes que integren ambos mundos. Todavía nos empeñamos en detentar las herramientas científicas de saber universal cuando otras realidades tal vez requieran el uso de nuevas categorías como apuntan las anteriores perspectivas. El eurocentrismo se enfrenta a un sinocentrismo de semejante

amplitud y consecuencias para sus practicantes. Las barreras, los prejuicios, lejos de caer uno tras otro, en un mundo que se dice cada vez más global se levantan con nuevo ímpetu. Las sospechas malpensantes, los ejercicios autodefensivos, las descalificaciones gratuitas, las acusaciones injustas, las heridas en la carne, frutos e hijos de la ignorancia, deberían quedar desterradas, fuera de la Tierra donde todos, investigados e investigadores, convivimos.

Bibliografía

- BELTRÁN ANTOLÍN, J. (1991) “Los chinos en Madrid: Aproximación a partir de datos oficiales. Hipótesis para una investigación”, en *Malestar cultural y conflicto en la sociedad madrileña*, Madrid: Comunidad de Madrid, pp. 295-304.
- (1995) “El arte de las relaciones sociales”, *Revista de Occidente* 172, pp. 65-76.
- (1996) *Parentesco y organización social en los procesos de migración internacional chinos. Del sur de Zhejiang a Europa y España*, Tesis doctoral presentada en la Universidad Complutense de Madrid.
- (2003) *Los ocho inmortales cruzan el mar. Chinos en Extremo Occidente*, Barcelona: Bellaterra.
- BRODSGAARD, K. E. (1986) “China through the Looking Glass: The Effects of Chinese Self-Characterizations on West European China Scholarship”, en Shaw Y.M. (ed) *China and Europe in the Twentieth Century*, Taipei: National Chengchi University, pp. 79-98.
- BRUUN, O. et al. (eds) (1991) *Modern China Research: Danish Experiences. Copenhagen Discussion Papers Special Issue*, Copenhagen: Centre for East and Southeast Asian Studies, University of Copenhagen.
- BUTLER, S. B. (1983) “Field Research in China’s Communes: Views of a ‘Guest’”, en Thurston, A.F. y Pasternak, B. (eds), *op. cit.*, pp. 99-121.
- CARATINI, S. (2013) *Lo que no dice la Antropología*, Guadarrama: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo.
- CHAN, A. et al (1984) *Chen Village: The Recent History of a Peasant Community in Mao’s China*, Berkeley: University of California Press.
- FEI H.T. (1981) *Toward a People’s Anthropology*, Beijing: New World Press.
- FREEDMAN, M. (1962) “Sociology in and of China”, *British Journal of Sociology*, 13 (2), pp. 106-116.
- (1963) “A Chinese Phase in Social Anthropology”, *British Journal of Sociology*, 14 (1), pp. 1-19.

- GEERTZ, C. (1989) *El antropólogo como autor*, Barcelona: Paidós.
- GLADNEY, D. (1991) *Muslim Chinese: Ethnic Nationalism in the People's Republic*, Cambridge: Harvard East Asian Monographs, 149.
- GOLD, T. B. (1989) "Guerrilla Interviewing among the Getihu", en Link, P. et al. (eds) *Unofficial China. Popular Culture and Thought in the People's Republic*, Boulder: Westview Press, pp. 175-194.
- GU, X. (1994) "A Civil Society and Public Sphere in Post-Mao China? An Overview of Western Publications", *China Information* 8 (3), pp. 38-52.
- HEIMER, M. y THØGERSEN, S. (eds) (2006) *Doing Fieldwork in China*, Copenhagen: NIAS Press.
- HOWARD, P. (1988) *Breaking the Iron Rice Bowl*, Armonk: M.E. Sharpe.
- HSIAO, M.H.H. (1986) "From Europe to North America: A Structural Analysis of the Core Paradigm Shift in the Peripheral Development of Sociology in Twentieth-Century China", en Shaw Y.M. (ed) *China and Europe in the Twentieth Century*, Taipei: National Chengchi University, pp. 63-78.
- MILWERTZ, C.N. (1997) *Accepting Population Control. Urban Chinese Women and the One-Child Family Policy*, Richmond: Curzon.
- NIELSEN, M.P.H. (ed) (2007) *Fieldwork in China. Asia Insights* 1, Copenhagen: NIASnytt.
- PARISH, W.L. y WHYTE, M.F. (1978) *Village and Family in Contemporary China*, Chicago: University of Chicago Press.
- PIEKE, F.N. (1986-87) "Social Science Fieldwork in the PRC: Implications of the Mosher Affair", *China Information* 1 (3), pp. 32-55.
- PIEKE, F.N. (1997) *The Ordinary and the Extraordinary: An Anthropological Study of the Chinese Reform and the 1989 People's Movement in Beijing*, Londres: Kegan Paul.
- SIU, H.F.H. (1983) "Ethnographic Fieldwork in Rural Guangdong: The Virtues of Flexibility", en Thurston, A.F. y Pasternak, B. (eds), pp. 143-161.
- STROSS, R. (1996) "Field Notes from the Present", en Hershatler, G. et al. (eds) *Remapping China. Fissures in Historical Terrain*, Stanford: Stanford University Press, pp. 261-274.
- THURSTON, A.F. (1983) "The Social Sciences and Fieldwork in China: Context and Constraints", en Thurston, A.F. y Pasternak, B. (eds), pp. 3-36.
- THURSTON, A.F. y PASTERNAK, B. (eds) (1983) *The Social Sciences and Fieldwork in China. Views from the Field*, Boulder: Westview Press.
- WHYTE, M.K. (1983) "On Studying China at Distance", en Thurston, A.F. y Pasternak, B. (eds), pp. 63-80.

- WATSON, J.L. (1975) *Emigration and the Chinese Lineage. The Mans in Hong Kong and London*, Berkeley: University of California Press.
- WOLF, M. (1985) "Speaking Bitterness: Doing Research in the People's Republic of China", en *Revolution Postponed: Women in Contemporary China*, Stanford: Stanford University Press, pp. 28-55
- WU, H.L. et al. (1987) "Chinese Sociology, 1898-1986". *Social Forces* 65 (3), pp. 612-640.
- YANG, M.M.H. (1994) *Gifts, Favors and Banquets: The Art of Social Relationships in China*, Ithaca: Cornell University Press.